



FOTO MELI

SOBRE UN AGENTE EXTERNO

F. GARRIDO PALLARDO

No debería yo abordar este tema, propio de doctores en medicina, pero como estos facultativos no parecen dispuestos a ocuparse del ambiente como auxiliar de la crítica, yo lo trataré refiriéndolo al solo empirismo no sin afirmar que ello ha sido y es constante fuente de aciertos. ¿Qué pasa con la Tramontana? ¿No merecería un poco de atención, siquiera porque en veces es un mal definitivo para bastantes que en otro país guardarían su ponderación y en éste la pierden del todo? Ya son conocidas las alteraciones que ciertos vientos constantes originan en los organismos. Hay en Suiza uno al que llaman de los locos, y no es menester insistir sobre los efectos que el Mistral produjo en los nervios desequilibrados de Vicente van Gogh. Es indudable la presencia de fenómenos excitativos en comarcas aventadas, no sé yo si por oxigenación o por otra causa, y destaquemos que si bien en personas propensas a la neurastenia los resultados suelen ser desastrosos, en gentes de talento efectivo y de neuronas sólidas este influjo se manifiesta por un acrecentamiento de las facultades imaginativas, por un acucio en las actividades y en la capacidad de trabajo y por un atrevimiento a expresarse sin límites impuestos por la timidez.

Hace ya bastantes años, ocupándome de Víctor Catalá, me hallé con algo extraño. Los largos paréntesis inactivos con que la escritora se ha



distinguido coincidían con sus estancias en Barcelona, así como sus períodos de creación con sus permanencias en el Ampurdán. Lo mismo nos ocurre con Alejandro Deulofeu. Que yo sepa, sus años en el extranjero marcaron en él también un ancho lapsus de pereza, científica se sobreentiende, porque en otros aspectos Alejandro no pudo nunca descansar. Pero es lo cierto que toda su obra se ha realizado en Figueras, aun cuando haya investigado y trabajado el escritor en bibliotecas y archivos del mundo, y hasta, quizá, completado en tierras foráneas algunas de sus aportaciones. No obstante, en su primer libro, impreso en el país, ya estaba toda su matemática de la historia.

Fages de Climent es otro caso parecido. Pese a sus ausencias y publicaciones en una parte o en otra, lo más consistente de su obra aquí lo realizó, la última, sobre todo, que es la más profunda. En Figueras se vivieron sus sonetos y el Pare Nostre de la Tramontana. En Figueras compuso su Poema del Cap de Creus y tantos otros versos en los cuales, libre ya de cámaras y camarillas, dejó volar sus facultades imaginativas, su ironía y su buen decir. A sus estancias ampurdanesas corresponden también sus epigramas demoleedores y sus más originales metáforas.

No me atrevería yo a escribir, porque no lo sé, si Salvador Dalí ha pintado lo mejor de su

obra influido directamente por la tramontana pero sí diré que en él su facultad señera, que es también la imaginación, recibió los efluvios característicos de nuestro viento desconsiderado. Y esto debe aquilatarse tanto referido a Dalí como a los otros, porque dado el desconocimiento habitual del significado de los términos, suele entenderse por imaginativo al simple mitómano o al ineficaz pergueñador de tonterías. Mas no es así. La imaginación es la facultad de crear imágenes, ineficaz y aun perniciosas sin los medios necesarios para realizarlas —aquí del mitómano fantasioso a que me refería— pero motor de cualquier actividad y primera de las condiciones del investigador y del hombre de ciencia. Todo logro técnico se origina en un proceso imaginativo y es más adelante cuando el oficio cuenta, no sólo para realizar, sino para desechar concepciones falsas o arriesgadas. Ahora bien: Salvador Dalí es, probablemente, el pintor actual que mejor pinta. El que mejor domina los aspectos científicos y técnicos de su oficio, infalibles en el dibujo y notabilísimos por su poder de síntesis y captación. Quiere decirse que es un hombre serio. Tanto como pudo serlo Edison y nadie imagine que la comparación es inexacta.

Para Salvador Dalí el problema de su arte no era el de hacer cuadros, sino el de realizar cuanto pensase e imaginase, y para ello se requiere una técnica poderosa y una mano dúctil capaz



Sardanes a Figueres 16 febrer 1926

de no ofrecer obstáculos al cerebro conductor. Es decir: Dalí es un ampurdanés, ergo tramonanado, ergo imaginativo, cualidad primigenia que a veces desemboca en un no hacer genial—caso Carbona, por ejemplo— y a veces finaliza en logros transcendentales como el de Monturiol. La diferencia, y ya se ve, está en el trabajo, pero Dalí ha trabajado más que nadie, ha sufrido más que ninguno, porque resulta muy dificultoso lanzarse a dominar técnicas y procedimientos que faculden para realizar, cuando la imaginación es una locomotora desencadenada.

Porque veamos. En toda la obra pictórica de Dalí está presente o latente el surrealismo o superrealismo, si se prefiere. Pues este procedimiento, por más que se haya querido analizar desde puntos de vista esotéricos e incluso parapsicológicos, con la complicidad, claro está, de los propios pintores que no saben casi nunca lo que hacen ni por qué lo hacen, tuvo su arranque en aquellas polémicas del primer tercio del presente siglo sobre diferencias entre pintura y literatura y a propósito del Modernismo. Debe recordarse que esta escuela, antiromántica y originada en «la revancha», sostenía que la poesía y las artes de la prosa debían atemperarse a la pintura, es decir a la sobriedad propia del pin-

tor que sólo reproduce los aspectos característicos de las cosas y no señala todas las hierbas cuando pinta la hierba. Esto, y ya se ve, es la remanencia del clasicismo helénico. El famoso «ut pictora poesis» (Así como es la pintura así debe ser la poesía) de los renacentistas.

Ahora se producirá la famosa polémica en que Ortega y Pérez de Ayala tomaron buena parte—este último en Belarmino y Apolonio y en Trotteras y Danzaderas— y aquí sostuvieron, con argumentos idénticos a los del Laoconte, de Dessing, que la poesía y la literatura se diferenciaban de la pintura en que a esta última le es imposible el uso de metáforas, y ahora debe verse cual es el alcance del surrealismo. Estos otros pintores subvierten los términos y demuestran la falsedad de aquellas premisas, puesto que en cualquiera de sus manifestaciones se van a desenvolver metafóricamente. Eso fue lo que pintaron. Su tesitura puede reducirse, e incluso debe ser reducida, si es que se les quiere entender, a un proceso de semejanzas admisibles en cuanto se las enuncia con palabras, y así cuando pudo hablarse de lanzas de vidrio de un surtidor o del talle juncal de una mujer, e incluso de un horizonte de perros que ladra muy lejos del río; ¿por qué no pintarlos? ¿Por qué puede decirse

«hacía tanto calor que el reloj se me ablanda en el bolsillo» y ello no ha de poderse representar con formas y colores? Esto es el surrealismo y por eso hablábamos de la imaginación como premisa indispensable a Salvador Dalí y a cuanto representa. Ella es la que determina el proceso comparativo y la rebusca de identidades que requiere la progresión metafórica, es decir, la investigación de puntos de semejanza entre todo cuanto existe. Y esto es algo muy serio. Obsérvese, por ejemplo, cómo una moderna máquina plana de imprimir no es sino la metáfora de un hombre cuando imprime y un cerebro electrónico la de un cerebro orgánico. El mundo de la técnica no es sino un proceso de metáforas sublimadas por un realizar, e incluso cada uno de los grandes logros prácticos ya tuvieron sus antecedentes artísticos, pues un submarino no es sino la sirena realizada, como el avión un Pegaso y el automóvil un centauro.

Esto así, nada de particular tiene, aunque se tome a ingenio gratuito y no lo es, este cotejo de Salvador Dalí con los efectos de la tramontana, viento que excita los procesos imaginativos hasta límites alucinatorios. Tampoco debe discutirse, repetimos, que es la imaginación el gran motor de este hombre. De ahí su inquietud y este su mirar estático, reflejo, quizá inconciente,

de su constante analizar el universo. De ahí también la lógica en cualquiera de sus aportaciones. Tomemos, por ejemplo, sus recientes avances sobre el caleidoscopio y cotejémoslos con sus otros anteriores sobre los ojos de las moscas. Pues resulta que estos insectos, provistos de órganos oculares con múltiples facetas, deben tener del mundo una imagen caleidoscópica, o bien, si ello no es así, nadie nos impide imaginarlo y pintar o escribir, «una mañana me desperté en el universo de las moscas, lugar en donde las cosas se repiten treinta o más veces, encerradas en poliedros teñidos de todos los colores».

Nada tiene entonces de particular que Masriera calificase a nuestro pintor de hombre de ciencia, pues éstos, como ya lo hemos visto, no son sino imaginaciones fabulosas provistas de los medios necesarios a la realización. Ello es, y debe admitirse, la definición más exacta de este ampurdanés genial.

Entonces, ¿qué influencia tiene la Tramontana sobre los intelectos de nuestros conciudadanos? Si redujésemos esto a términos científicos, daríamos al monumento que debe alzarse aquí un valor no puramente alegórico, sino de mera justicia distributiva.

